

Ramón Pasquier

–¿Qué es el crimen? –murmuró para sí, mientras salía de su cuarto de estudiante.

Las calles de la ciudad parecían abrirse como heridas de un cuerpo moribundo, heridas infectadas y que a cada cierto paso dejaban ver los restos podridos de la miseria. Muros blanquecinos se hacían evidentes cuando el cielo perdía su infinito negro por una luz que ocultaba, que drenaba la justicia hacia un sol hueco.

La creación misma parecía reírse de la tragedia humana y él creía escuchar la carcajada.

Había pasado una semana desde las fiestas de Año Nuevo pero la ciudad, a esa hora, parecía seguir sufriendo el *chaqui*; esa resaca que la mantenía aletargada, indiferente al sufrimiento de sus habitantes. Ramón avanzaba al ritmo de sus pensamientos y, como si una sutura fuera hecha por cada uno de sus pasos, estos eran medidos. Su cuerpo flaco se encorvaba y reaccionaba ante pensamientos que le surgían como si fueran una aguja que podía cerrar todo, zurcir la realidad. Se encontraba hastiado y cansado de su impotencia ante un mundo descarnado e infame, un mundo desolado y sangrante que parecía no poder cicatrizar por sí mismo.

Al salir buscó evitar a la dueña de casa. Debía bajar unas escaleras comunes que terminaban justo en la puerta de la cocina de ella. Temeroso de que lo vea, trató de ser lo más silencioso posible; pero doña Felicia parecía estar siempre pendiente.

–Joven, joven –su voz surgió de lo profundo de la cocina; chillona, insistente– ¿Cuándo me va a pagar pues?, ya son dos meses de renta joven. Mi marido a mí nomás me riñe.

Se disculpó prometiendo el pago para el día siguiente. Sintió pena por ella, pero no tenía el dinero. En ese momento fue consciente de lo que eso significaba. Tendría que llamar a su mamá.

Pocos pasos después, preguntas que no lo dejaban dormir volvieron a apropiarse de su mente. Su respuesta: la misma.

–Los crímenes de los poderosos solo son visibles para aquellos que no se dejan engañar por sus mentiras –pensó en voz alta.

“Los compañeros fueron masacrados en el Antro y punto.” Le indignaba que algunos de sus camaradas del frente sucumbieran a mentiras preparadas por aquellos que gobernaban. Sin embargo, aún en su carrera, los que poseían una voz potente eran aquellos que provenían de las familias privilegiadas de la ciudad; a estos era difícil pedirles conciencia de clase. Se convulsionó ante lo innegable.

–Toda la historia es contada por aquellos que ostentan el poder. ¿Es tan difícil de entender? –casi gritó.

Los hechos en el viejo patio de la facultad de derecho habían sido poco claros, eso lo aceptaba. A veces la verdad se ocultaba bajos disfraces ridículos.

La ciudad había alimentado falsas explicaciones y no admitía que sus compañeros de Frente no lo entendieran. Sabía que la búsqueda de respuestas sobrenaturales era la herencia de un pasado sumido en la ignorancia; pero era otro tiempo, se acercaban al final del milenio, las supersticiones ya no tenían cabida.

En las calles que despertaban encontró que el viento frío de la mañana parecía el resoplido cansado de un cuerpo moribundo. Alargó el cuello de su chamarra, el viento era helado cuando atravesaba un cruce de calles. Las barrenderas, con ramas de palmeras que usaban como escobas largas, limpiaban unas calles sucias. Perros hambrientos, flacos, peleaban con las trabajadoras por los restos de comidas abandonadas.

Bajó unas escalinatas aún más sucias, tomó la calle Grau, una de las más antiguas. Siguió derecho hasta la esquina de la catedral, ahí dobló para cruzar en diagonal la plaza central hasta la esquina de la alcaldía, dobló para tomar la calle Aniceto Arce hasta la Basílica de San Francisco a una cuadra de distancia de la plaza. Se detuvo en la esquina, donde sentía que la ciudad palpitaba, donde él sentía que la ciudad adquiría su verdadera identidad.

“Es aquí, a esta hora, que se puede contemplar como la ciudad despierta”, pensó. Levantó su cabeza y cerró los ojos, escuchó sonidos todavía escasos que se repetían con una uniformidad sublime.

De lo ocurrido en el Antro nadie salió vivo, y obvio, nadie tomó responsabilidad de lo sucedido; la policía se lavó las manos y luego la sociedad entera hizo otro tanto. Y aunque voces de protesta todavía se escuchaban, estas eran acalladas en el instante por medios vendidos o comprados, por imaginaciones traidoras. “La sociedad en general”, pensaba Ramón, “acostumbrada a tanta injusticia ahora se hace la desentendida, ese es su crimen”. Ramón se dio cuenta que casi gritó su pensamiento.

Su pregunta sobre la naturaleza del crimen entonces se convirtió en un proyectil que seguía camino penetrando todos sus pensamientos, destruyendo algunos, reventando otros. Y luego fragmentos calientes tomaban formas metódicas. ¿Por qué ya nadie se oponía al crimen? o ¿por qué todos aquellos que se opusieron, fracasaron?

Había enflaquecido de manera alarmante, su cazadora ahora le quedaba a vista de todos muy grande, incómoda, tanto que cada cierto tiempo debía acomodársela hacia atrás para dar la impresión que la tenía bien puesta. Su pelo delgado y bien ordenado y su cara aniñada no mostraban ningún signo exterior de lo que dentro de su alma sucedía, aunque se notaba cierta desprolijidad en la forma de vestirse, cosa rara en él.

Un auto pasó chocando sus ruedas contra el asfalto duro con un sonido perturbador. Movié la cabeza como si quisiera con el movimiento aclarar ideas confusas, como si pudiera dar tiempo a las esquiras para enfriarse; no lo consiguió. Se dio cuenta de que ahora los autos venían con un flujo mayor y que pronto los estudiantes y los que llegaban a trabajar al centro de la ciudad llenarían las calles.

En el comedor del mercado central, a media cuadra, vendían api con pasteles, decidió marchar hacia allá.

El frontis de San Francisco no tenía nada fuera de lo convencional salvo por sus dos campanarios, cada uno de estilo diferente. En una de las torres una campana quebrada servía de símbolo de libertad para la ciudad; pero desde hacía mucho que ya no para él. Resguardando la puerta del cuartel general, dos soldaditos que parecían muy cansados mantenían su aire petulante, “como si hubiera algo de que enorgullecerse por llevar ese trajezuelo”, pensó irritado. Los dos guardias pusieron sus ojos en él como los militares miraban a los estudiantes, con desprecio. Ramón bajó la mirada, por ahora ellos tenían el poder.

Después del cuartel se encontraba el mercado central. Atravesó el portón de entrada. Pasó las pequeñas casetas, alineadas a los costados, donde se vendían panes y dulces caseros y que a esa hora empezaban a llenar bolsas hambrientas. Un pasillo más amplio seguía; allí las frutas y verduras de colores frescos, ordenadas en forma ascendente sobre canastos simples, formaban tronos desde donde las propietarias regían, con dedo tirano, su orbe de transacciones. En el lado opuesto; vísceras, órganos y cabezas de animales expuestos en montículos desordenados se apilaban en cubículos blancos, donde extremidades rojizas colgaban produciendo olores que se apropiaban de los corredores mal limpiados. Infinidad de otros productos se multiplicaban en laberintos de ofertas.

Subió hasta el segundo piso, donde un ala había sido convertida en un comedor desmesurado, sobre la cual la urbe digería su día a día. Mesas cubiertas de hules

multicolores esperaban sonrientes. Varios ofertantes se le acercaron para mostrar sus respectivas cualidades. Se decidió por una niña de mejillas paspadas y pantalón de lana que con voz entrenada le ofrecía los mejores pasteles de queso y el más exquisito api. Se sentó en un banco largo, junto a la mesa del puesto donde había realizado su elección. Pidió el combo completo, lo que se convertiría en su desayuno.

Cerca de su mesa, donde se prefería lo abundante para empezar el día, olores fuertes se elevaban entre rumores cotidianos.

Trabajadores simples, empleados cansinos, estudiantes largados que como él buscaban lo barato, formaban un cosmos de prisas elaboradas, un universo de compañías iguales. Nadie leía un periódico o un libro, les bastaba la charla o el chisme premeditado, en un ritual que saboreaba la vida.

En la mesa del frente un cargador se acomodó, era uno de los indígenas que habiendo emigrado a la ciudad ahora se encargaba de transportar las cargas pesadas hasta los puestos de venta.

Una tela blanca descendía desde su cabeza hasta la mitad de su espalda, enrojecida protección que delataba la carga del día, carne fresca. Su cabeza permanecía inclinada recordando la adaptación de su cuerpo para sostener un peso ya entregado. El cargador se sentó sobre una banca contigua y el peso del mundo pareció desaparecer de sus hombros; pero la mirada de la dueña, le indicó que su atrevimiento no era aceptado en el respetable lugar. Terminó acurrucado junto a un pilar cercano, aceptando con ojos toscos el regaño. Miradas y gestos torpes eran un lenguaje que en la ciudad todos comprendían. Los indígenas no eran parte de ella.

Ramón se quedó mirando con atención la escena y el desenlace lo turbó. “La injusticia se ha vuelto una conducta aprobada hasta por los que la sufren”, pensó enojado.

El cargador desamarró una pequeña bolsa plástica que tenía atada a su faja. Sacó de la misma, hojas de coca y con dedos entrenados las depositó en su boca, juntándolas con las que ya tenía, seguro, desde hace mucho; a cada abrir de su boca se podía entrever las hojas maceradas, de donde brotaba un jugo verdoso que a veces se le escurría por sus labios ya pintados de verde.

La señora que atendía al cargador –más rápida que la suya– le sirvió el api en un vaso de vidrio, este rebalsó un poco, pero al hombre no le importó, y soplando mientras sorbía el líquido muy caliente, lo apuró en un pequeño periodo de tiempo. Justo cuando a Ramón le alcanzaban el suyo, el indígena cerró su bolsa de coca, la ató de nuevo a su faja y sacó de una chuspa el dinero para pagar. Una vez realizado el pago, el hombre se alejó del lugar con un leve trotecito. La señora que lo había atendido, recogió el vaso. El vaso que seguía pintado en sus bordes de una mezcla morada de la bebida y lo verdoso del jugo de coca, fue introducido en un balde que contenía poca agua. Agua ya sucia.

Ramón se quedó mirando atento, la escena y el desenlace lo incomodaron. Un hombre de traje muy usado, seguro uno de los muchos empleados públicos que aparecían por estos lugares, notó su turbación y como si ser testigos del mismo hecho los volviera cómplices, pronunció un razonamiento que Ramón había escuchado antes.

–Tome joven, no deje que le impresionen esas cosas –y luego, sin el tono de complicidad, añadió–. Y seguro, en el mismo vaso le darán a alguien como nosotros. Estos puestos de comida ni siquiera tienen agua corriente. ¿Da asco, no? ¿Por qué la alcaldía no les dará eso por lo menos?

Ramón no supo qué contestar, solo miró al piso, asintió con la cabeza. Observó su vaso mientras el empleado daba rienda suelta a ciertos pedidos que tenía para la honorable alcaldía municipal. Imaginó el sonido del vaso explotando en la cabeza pequeña de ese

individuo que escupía idioteces, imaginó un rostro que se deshacía bajo el líquido hirviente. Sonrió y pudo levantar la mirada para observar esa cara deformada.

–No es usted de aquí ¿no? –preguntó el empleado luego de concluir sus quejas.

–No.

–Me lo imaginaba. Yo también vine como usted, hace mucho tiempo. ¡Cómo recuerdo esos tiempos! La verdad es que la pase muy bien, en mi época la universidad era pues algo grande. Esas fiestas en medicina, eran una delicia. Pero para los pobres no es tan fácil terminar una carrera universitaria, pues. Aunque yo tenía las mejores notas, si solo hubiera tenido la oportunidad...

Ramón dejó de escuchar para observar el puesto donde el indígena había consumido el api. Notó que del mismo balde donde había sido introducido el vaso de éste, la señora sacó un vaso que después de ser lavado y secado, fue usado para otro joven que, como él, esperaba ser atendido.

Algo se revolvió en su estómago.

–Puedo pagarle de una vez –habló con la niña que lo había atendido.

Ella extendió su mano con gesto serio.

–Son cinco cincuenta –su tono era enérgico.

Ramón buscó en sus bolsillos y le alcanzó el dinero.

–Gracias.

–Tome joven, se le va a enfriar.

–Sí, pensaba hacerlo –respondió–. Solo me acordé que tengo que irme rápido –acto seguido, bebió el líquido.

Notó que su estómago recibía con reticencia el líquido espeso. Cerró los ojos, aunque sabía que el empleado y la señora lo observaban. Terminó su empanada, ya le faltaba poco para concluir el api. Cuando el empleado continuó.

–Por eso vengo a este puesto; aquí no les dan el mismo vaso a los cargadores. Ese el problema de esta ciudad que hasta culta se dice, pues.

–Sí, ese es el gran y único problema –contestó Ramón con tono irónico. Terminó de beber, rechazó la yapa. La señora y el empleado se quedaron hablando de algo que él ya no escuchó, mientras sentía como la rabia convulsionaba su cuerpo.

Llegó a la peatonal sobre la Junín. Se dio cuenta que esa no era la ruta que quería tomar. La gente ahora llegaba en torrentes, era como una crecida que avanzaba en direcciones opuestas sin chocar nunca, ladeando su extenso cuerpo y produciendo un ruido viscoso.

Dio vuelta sobre sus pasos y atravesó de nuevo el mercado central, salió a la calle Ravelo por la puerta más cercana. Ahí lo sacudieron el movimiento y los ruidos de los autos. Buses largos y viejos llegaban atestados con niños de guardapolvos blancos; los escolares salían de los colectivos con prisa, corrían para cruzar la calle y zigzagueaban entre los motorizados. Los autos frenaban o arrancaban a centímetro de otros autos o de personas. Los buses tenían su parada al frente del edificio del mercado, se amontonaban en líneas que agresivas buscaban un lugar. Otros niños, colgaban de las puertas de los buses y que tenían por uniforme ropa raída y vieja; anunciaban el precio de los pasajes mientras con voces parecidas, gritaban por pasajeros para buses siempre llenos. Sus gritos se confundían con bocinas y risas, con el retumbar de motores y llantos.

En la acera junto al mercado, una niña campesina que no le llegaba a la cintura protegía a su hermanito de una multitud que pasaba indiferente, al parecer, el niño recién empezaba a caminar. Ambos niños carecían de zapatos. La niña escondía sus ojos asustados bajo un sombrero de ala ancha, enorme para su cabeza, cabellos sucios de una trenza desordenada colgaban sobre sus mejillas secas. Soltó la mano de su hermanito para poner un dedo en su boca mientras extendía su otra mano por unas monedas mientras el

pequeño se afanaba por recoger un pedazo de pan que había caído al suelo y que su hermana no había visto.